

STAR WARS

IN NOMINE STELLARIS

Por:

Vanesa Pizarro

Y

Jorge J. Rodríguez

Star Wars: In nomine stellaris.
Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez
para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com
Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.
Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.

AUNQUE EL IMPERIO GALÁCTICO SE HABÍA DESMORONADO VARIOS AÑOS ATRÁS, SU RASTRO SE RESISTÍA A DESAPARECER. LA RECIENTEMENTE CREADA NUEVA REPÚBLICA SE ENFRENTABA AHORA A LOS MÁS PELIGROSOS AGENTES DEL IMPERIO, LOS GRANDES ALMIRANTES, QUIENES EN SECTORES MÁS ALEJADOS Y AL MANDO DE FLOTAS RELATIVAMENTE PEQUEÑAS PERO MUY PODEROSAS SE AUTOPROCLAMABAN SEÑORES DE LA GUERRA Y CONQUISTABAN PLANETAS EN NOMBRE PROPIO.

EL SECTOR JUNAGADH, EN EL BORDE EXTERIOR, ERA UNO DE ÉSTOS. BAJO EL MANDO DEL ALMIRANTE HOOX, LAS TROPAS IMPERIALES HABÍAN LOGRADO MANTENER EL CONTROL DE UN MODO BASTANTE EFICAZ. NADIE OSABA Oponerse a HOOX SALVO UN RESURGIDO MAESTRO JEDI QUE HÁBILMENTE HABÍA SABIDO PERMANECER OCULTO DE LOS ASESINOS DEL EMPERADOR SIMULANDO SU PROPIA MUERTE.

EL REDIVIVO MAESTRO ASHLA NO TARDÓ EN CONVERTIRSE EN EL VERDADERO NÉMESIS DE HOOX, AMENAZANDO SU TIRANÍA SOBRE TODO EL SECTOR, AUNQUE NO DIRECTAMENTE SINO A TRAVÉS DE SUS AGENTES. ESTA VEZ SIN EMBARGO, HOOX TIENE DEMASIADAS PROBABILIDADES DE ÉXITO. EL ÚLTIMO DE LOS AGENTES DE ASHLA, SANUI, EX-APRENDIZ QUE DECIDIÓ SEGUIR CON EL MAESTRO DESPUÉS DE GRADUARSE, HA CAÍDO EN UNA TRAMPA PUESTA POR EL IMPERIAL...

CAPÍTULO PRIMERO:

LAS TINIEBLAS DEL INTERDICTOR

El teniente se acercó a la nave, mirando la escotilla de entrada abierta. Puso los brazos en jarras mientras meditaba.

Un sargento se le acercó por detrás, anunciando su presencia al hacer más sonoros sus pasos.

-Es imposible que no haya nadie dentro -dijo el teniente-. Las maniobras que ha hecho intentando escapar del rayo tractor no podían estar preprogramadas. La emboscada que le tendimos fue perfecta.

-Tal vez -sugirió el sargento-, al no ver una vía de escape, se suicidó antes de permitir su captura.

-Si yo hubiese tomado esa decisión, habría destruido mi nave -dijo el teniente-. Sargento, tome un pelotón de soldados de asalto y entre ahí. Si se ha suicidado, quiero ver su cadáver.

El sargento hizo una señal a un grupo de seis soldados de asalto para que se acercasen.

Un minuto después, los siete soldados de asalto entraban por la escotilla. El sargento llevaba un detector de movimiento en su mano, pero el detector sólo parpadeaba en los puntos en que estaban ellos.

El carguero era demasiado pequeño para que se moviesen con comodidad, y a menudo quedaban puntos potencialmente peligrosos sin que nadie apuntase hacia allí. Pero, de todos modos, ¿adónde debían apuntar si nada se movía?

El sargento empujó una pieza de droide con su bota mientras estudiaba su detector. Al fin, localizó una señal, directamente frente a la escotilla. Giró para mirar en esa dirección, pero había una puerta cerrada. Según el detector, sin embargo, algo se movía justo detrás.

-¡Está ahí! -gritó el sargento-. ¡Fuego!

La mitad de los soldados de asalto se agacharon para no estorbar el ángulo de disparo de los demás y, en una formación practicada en incontables entrenamientos, seis rifles bláster E-11 zumbaron al unísono su canción del ejecutor mientras el sargento disparaba su arma. En escasos segundos aparecieron docenas de agujeros de láser en una puerta que no estaba diseñada para resistirlos.

-Alto el fuego -dijo el sargento después de más de medio minuto de ejecución. Comprobó el detector y se fijó en que ya no había movimiento tras la puerta.

Señaló a uno de los soldados.

-Abre la puerta -le dijo.

El soldado se levantó de su posición en el suelo y se acercó a la puerta. La abrió con cuidado y desde un lateral para que nadie pudiese darle desde dentro.

Los soldados pudieron apreciar el interior, una pequeña despensa de suministros. Estaba vacía, si descontamos unos cuantos frascos de comida que se habían roto por los disparos.

Pero, si hubiese habido alguien allí, ahora tendría que haber un cadáver. Los soldados se miraron los unos a los otros mientras el sargento miraba hacia arriba y acariciaba su barbilla cubierta por el casco.

De pronto, sin un sonido, se abrió una trampilla en el suelo de la despensa. Una figura envuelta en ropajes amplios color violáceo oscuro surgió de su interior. Llevaba una capa amplia que adoptó una forma de globo debido al salto. Su cabeza estaba cubierta por una capucha, y su rostro lo estaba por una máscara que apenas dejaba ver sus ojos. El prodigioso salto que estaba dando le otorgaba el aspecto de un fantasma.

Antes de que ninguno de los soldados pudiese reaccionar, la figura enmascarada abrió completamente la puerta, atrapando entre ésta y la pared al soldado de asalto que se había separado del grupo. Ese soldado cayó al suelo, aturdido, mientras la puerta se volvía a entreabrir.

El sargento tuvo tiempo de apuntar con su arma, pero la figura se agachó para evitar el disparo. Aprovechando la ventaja que da luchar en un terreno que conocía, al tiempo que se agachaba se deslizaba hacia adelante, y utilizó a otro soldado de asalto para frenar, aturdiéndole también al golpearle con sus botas.

La figura aprovechó el impacto para tomar impulso y, dando una voltereta hacia atrás sin tocar el suelo, aterrizó de pie. Los soldados tenían problemas para apuntar a alguna parte: La capa se movía mucho con tanta acrobacia, sugiriéndoles que disparasen al movimiento, donde no había ningún blanco sólido.

Pero, en cuanto la figura tocó el suelo con sus pies, hizo un movimiento con su mano desnuda hacia los cuatro soldados de asalto que quedaban. Los soldados se sintieron empujados por una fuerza invisible y cayeron por la escotilla.

Sin embargo, el sargento tenía una preparación superior y había logrado esquivar este ataque. Además, se encontraba en una envidiable situación para oponerse a la figura, y durante estos segundos de combate, había estudiado un poco sus movimientos, y aprovechó para acercarse sigilosamente. Ahora, el sargento estaba apuntando con su rifle a la sien de su rival.

-Congélate -dijo, sonriendo bajo su máscara.

Sus ovalados ojos verdes, lo único que el sargento podía ver bajo toda esa ropa oscura, se abrieron de par en par mientras sus cejas se arqueaban un poco más de lo normal en

expresión de miedo. Parpadeó una vez con unas pestañas largas...

Y movió imperceptiblemente los dedos de su mano derecha hacia el sargento.

Durante una fracción de segundo, el sargento perdió el hilo y la concentración en lo que estaba haciendo. ¿Qué era lo que...?

En esa fracción de segundo, la figura enmascarada de ojos verdes se liberó de la supuesta presa del sargento, adoptó una posición de lucha mientras un cilindro metálico ocupaba su mano. Del cilindro surgió un filo de luz violeta, capaz de cortar prácticamente cualquier cosa.

El sargento estaba muerto cuando llegó al suelo.

Aún quedaban los cuatro soldados de fuera, que ya se habrían recuperado del empujón telekinético, pero era imposible despegar antes de desactivar el rayo tractor, y sólo se podía desactivar el rayo tractor desde fuera del carguero.

En cuanto alcanzó la escotilla, ya oía gritar a los soldados de asalto.

-¡Ahí está! -gritó un soldado que había tomado el mando - ¡Fuego!

Pero el sable de luz violeta defleataba los disparos que le dirigían los cuatro soldados. Algunos disparos golpeaban inofensivamente el techo o las paredes del hangar, mientras que otros, apenas tres o cuatro, eran redirigidos contra los tiradores, para eliminarlos fácilmente. Escasos segundos después, sólo quedaba un soldado de los cuatro.

El soldado superviviente, impresionado por la demostración de habilidad, bajó su arma, convencido de que no podría utilizarla para detener a la figura enmascarada. La figura dio otro de sus saltos, ante la admiración del soldado, pero en esta ocasión era un salto de más de quince metros de longitud y casi tres de altura, con un rizo. El soldado lo observó boquiabierto, y fue sólo cuando la figura extendía su pie hacia adelante cuando comprendió que el curso del salto incluía aterrizar sobre él.

La patada dejó al soldado inconsciente. Ahora, los ojos verdes examinaron sus alrededores. Se fijó en una terminal de computador que había en una pared con un teclado y un monitor, pero aún así necesitaba...

-¡Alto! -oyó una voz tras de sí. Era una voz sin la modulación que da un casco de soldado de asalto. Se giró para ver a un hombre con uniforme de teniente, que le apuntaba con una pistola bláster.

Bajo la máscara de tela, la figura sonrió y, antes de volverse, hizo un gesto con la mano mientras se concentraba en una frase.

-Debo informar de la invasión -dijo el teniente, en un estado semi zombi. Se acercó a la terminal e introdujo su código secreto mientras la figura enmascarada le miraba con

los brazos cruzados y el sable de luz apagado al cinto. Cuando hubo terminado y el computador pedía instrucciones, la figura hizo un nuevo gesto con la mano.

-El capitán me llama -dijo el teniente-. Debo ir a ver al capitán.

Aunque el teniente no lo sabía, esa falsa llamada del capitán le estaba salvando la vida. La figura tecleó rápidamente unos cuantos códigos y el rayo tractor dejó de funcionar, pero cualquiera que consultase la unidad de control central de la nave vería una lectura errónea indicando que el rayo tractor estaba activado. Además, programó la apertura del hangar.

"Lo siento, Hoox, pero gracias a tu trampa te vas a quedar sin otro de tus juguetes de guerra", pensó.

De entre los pliegues de sus ropajes sacó una unidad de almacenamiento secundaria y la introdujo en el terminal. En cinco minutos, un código intruso autorreplicador empezaría a funcionar entrando en la computadora central de la nave y dejando inútil todo a su paso.

"Ésta va por Emesiete", añadió en otro pensamiento.

Se giró para volver a su nave, pero los dos soldados a los que había aturcido dentro ya se habían recuperado y le esperaban entre su posición actual y la escotilla, apuntándole con sus E-11.

-Muy bien, deja ese terminal -dijo uno de los soldados, sin dejar de apuntarle.

Frunció una de sus arqueadas cejas, miró hacia arriba un momento, hizo un cálculo y saltó por encima de los soldados de asalto. Esta vez, su salto superaba con mucho los quince metros, tal vez también los veinte, para aterrizar justo en la escotilla de su nave. Con un rápido uso de la Fuerza, cerró su escotilla ante la atónita mirada de los soldados. Pronto, estos se darían cuenta de que se estaba abriendo el hangar para permitir que la nave despegase, y se agarraron a lo que pudieron para impedir que el vacío les absorbiese. Soltaron sus rifles bláster, que se perderían en el espacio.

No se sacó la máscara mientras corría por los pasillos de su carguero, y saltó una pieza de androide para evitar tropezar. Atravesó una puerta y llegó a una zona de acceso común donde estaba un tablero de dejarik. Sentado a la mesa, ante el tablero, había un fragmento del torso de un androide, con una pierna y un brazo. La figura lo miró durante una fracción de segundo mientras corría hacia el puente.

Al llegar al puente, todas las luces seguían encendidas; no había apagado la nave, sino que la había dejado a la mínima potencia, para tenerla preparada para una rápida salida de emergencia. La figura se sentó en el puesto de piloto, puso sus manos en los controles y despegó, saliendo por una compuerta hacia el espacio. Al ver a unos soldados

de asalto con traje de cero-ge, conectó los escudos de su carguero; ahora los disparos de unos blásters ya no eran motivo de preocupación.

Giró la cabeza hacia el asiento de copiloto para ver más fragmentos del que era el mismo androide que había visto ya en otros dos sitios: El resto del torso y una cabeza sin vida.

-Te arreglaré tan pronto como pueda, Emesiete, te lo prometo -se dijo para si la figura enmascarada mientras dejaba de mirar a su fiel compañero androide para concentrarse en el espacio y en la navegación.

El teniente se presentó ante el capitán Brolard, confuso y sin tener claro qué decir o hacer. El capitán no le había llamado, así que no comprendía su presencia en el puente. Sin embargo, había sido informado (por el mismo teniente) de cómo la sencilla operación de captura de un carguero gthroc se había convertido en un desastre al ser ellos abordados por Sanui.

Quien, sin duda, sin importar lo que dijese los ordenadores, había logrado escapar.

El almirante exigiría la cabeza de Brolard. El preocupado capitán dio unos pasos por el puente...

-Capitán -dijo uno de los técnicos que operaban computadoras por debajo del nivel de sus botas.

-Espero que sea importante -dijo Brolard.

-Lo es, señor. Todas las terminales se están volviendo locas por momentos. Tenemos un intruso autorreplicador.

Otro de los técnicos del puente se encontró sorprendido ante un monitor apagado.

-¿Qué ha pasado con nuestra protección? -dijo Brolard

-Ninguna protección sirve -dijo el técnico- si el programador del código intruso es lo bastante bueno... señor.

Las luces del puente se apagaron ominosamente un instante para volver a encenderse al cabo de unos segundos. Brolard sentía el miedo creciendo en su interior.

-Antes de que lo pregunte, señor -dijo el técnico-, los sistemas de comunicación siguen funcionando, al menos por ahora, pero no sé cuánto tiempo seguirán. Si va a informar, le sugiero que se dé prisa.

Informar de eso era informar de su fracaso, pero las opciones de Brolard se reducían por segundos. Estaban en Gadamar. El destructor más próximo era el de Batherns...

-Pónganme con el capitán Batherns.

El capitán Batherns escuchó atentamente la transmisión de Brolard a través de la pantalla, pero de pronto la transmisión se cortó en seco.

-Intentamos recuperar la transmisión, capitán Batherns -dijo uno de sus hombres-, pero es imposible.

-Brolard no puede seguir transmitiendo -dijo Batherns-. El

código intruso ha afectado incluso eso. No admitan más transmisiones del *Noche*; no quiero que nos lo transmitan. Pero hemos de informar al almirante de esto... -Batherns empezó a bajar la voz hasta sólo susurrar sus pensamientos.

-¿Señor?

-Comuníqueme con el capitán de la nave insignia del almirante.

El capitán Tryskho apagó el transmisor holográfico. Sanui lo había vuelto a conseguir, y ahora el crucero interdicator *Noche* estaba muerto en el espacio.

El almirante iba a ponerse de muy mal humor.

Pero se pondría de peor humor si se le ocultaba información de este tipo. El almirante exigía ser informado de inmediato de todos y cada uno de los avances y retrocesos en lo relativo a Ashla, de momento lo único relativo a Ashla era Sanui y el fallido intento de captura.

Tryskho se levantó y se dirigió a la zona de la nave en donde estaba el almirante. Consultó el cronómetro. A esta hora, pensó Tryskho, estaría sin duda entrenando. Tomó un tubo de transporte y llegó a la zona donde estaba el gimnasio.

El almirante Hoox estaba ataviado con un sencillo traje para combatir, una especie de kimono semejante a los utilizados por los Jedi, encima de un tatami cuyo interior estaba separado del exterior por un campo de fuerza. Llevaba únicamente un bastón metálico de más de dos metros para enfrentarse a sus adversarios. Sus agudos ojos oscuros no perdían de vista a los dos gladiadores.

El almirante era un hombre muy inteligente, aunque relativamente joven para haber alcanzado su puesto, mas esto era engañoso. Se mantenía en una excelente forma física que hacía que se le calculasen muchos más años de los que realmente tenía, aunque sin llegar al desarrollo muscular excesivo. Llevaba el pelo corto al severo estilo que mandaba el ejército, su rostro poseía facciones muy marcadas, nariz fina, cejas arqueadas y expresivas que desvelaban unos ojos marrón muy claro penetrantes e inquietantes, labios finos y semblante serio. En conjunto no obstante era un hombre bastante apuesto aunque su aspecto de continua seriedad y severidad impusiera más respeto que cariño.

Curiosamente, los gladiadores a los que por elección se estaba enfrentando eran más el enemigo típico para un pelele tonto sin más que fuerza bruta. El Ejecutor prototipo X, con su chasis blindado sobre sus ruedas de oruga, hacía girar sin cesar las cinco armas que llevaba en una rueda a cada lado en lugar de brazos, mientras que su cabeza procesaba millones de variables aplicables al combate a cada segundo. Y a mucha más velocidad trabajaba el androide Élite Duelista, humanoide y con un torso

parecido al de un 2-1B, pero con brazos mucho más largos y resistentes. Más de trescientos mil créditos de droides gladiadores, que valían hasta la última moneda, estaban en el tatami, preparados para enfrentarse más probablemente a otro robot (La opción lógica para droides de este tipo: Enfrentarlos a otros droides, más resistentes que un humano y con mayor velocidad de cálculo mental).

El sudoroso Hoox dio una vuelta a su bastón mientras les estudiaba. Tryskho siempre se preguntó cómo podía Hoox sólo esperar sobrevivir a un enfrentamiento con droides de estas características.

Justo fuera del tatami había una mujer alienígena de la especie jawa que sostenía entre sus manos un pequeño bloc de datos. A Tryskho le parecía mal que Hoox utilizase a esta alienígena, a quien él consideraba un ser inferior, como gobernadora de todo el sector, pero la alienígena había sido un factor político en su planeta cuando éste se rindió y Hoox había elegido mantenerla en su puesto, hasta que las dotes organizativas de la pequeña criatura le hicieron subir en el escalafón. En la actualidad, respondía sólo ante Hoox. No tenía poder militar, Hoox habría sido un loco de habérselo dado, pero tenía poder político.

-La producción en Hindashar ha bajado un 12% -dijo la mujer jawa con un marcado acento.

-Bien, pero el mes pasado nos enviaron casi el doble de lo que pedimos en impuestos -dijo Hoox, mientras utilizaba su bastón para parar un ataque del prototipo X-. Que no se tomen medidas contra ellos.

-Los astilleros de Orellon comunican que no podrán terminar la construcción de naves a tiempo porque las minas de Caprioril no han suministrado suficiente material -continuó la jawa.

-Ha habido -Hoox lanzó un ataque contra el Duelista mientras se alejaba de los peligrosos tornos del prototipo X- un desastre natural en Caprioril hace dos semanas, que nos ha costado tres minas. Todavía no se han construido sus reemplazos. De todos modos, desvíen algo más de mineral desde Pherl, en vez de dirigir todo ese excedente a los depósitos de Haven.

-Debido a un fallo de mantenimiento -la jawa no prestaba la más mínima atención a la lucha-, el crucero interdicator *Plaga* ha sido destruido.

-El *Plaga* estaba orbitando Miran -Hoox zancadilleó al Duelista, que cayó al suelo; ahora el almirante tenía casi varios segundos para concentrarse en el prototipo X-, un planeta que nos es totalmente leal. No es una emergencia sustituirlo; lo sería si hablásemos de un planeta bajo la ley marcial. Ordene a Orellon que construyan un nuevo interdicator, lo llamen *Peste*, y lo envíen a Miran a sustituir al *Plaga*.

Hoox intentó golpear con su bastón al prototipo X, pero

éste giró su cintura rápidamente y movió uno de sus brazos para cortar el bastón con un vibrófilo, una vibrohacha y una vibrosierra. Hoox esperaba esto y sostuvo una parte del bastón en cada mano, mientras atacaba al prototipo X. El Duelista se levantó.

-¿Qué me dice usted, capitán Tryskho? -dijo Hoox-. ¿Para qué ha venido?

-Discúlpeme, señor... -dijo Tryskho-. Me comunican que, tal y como usted ordenó, el interdicator Noche ha capturado una nave, un carguero ghtroc, y...

-¿Y bien, capitán? -dijo Hoox.

-Bueno, el o los ocupantes del ghtroc han logrado sabotear la computadora principal del Noche y escapar.

Hoox dio un salto, extendió una pierna y giró rápidamente sobre sí mismo, incrustando uno de sus bastones en la cabeza de cada uno de sus enemigos con una fuerza bruta surgida de la adrenalina y un rugido de odio. Aterrizó y, mirando al infinito, y dijo una sola palabra. Un nombre.

-¡SANUI!

Fin del primer capítulo